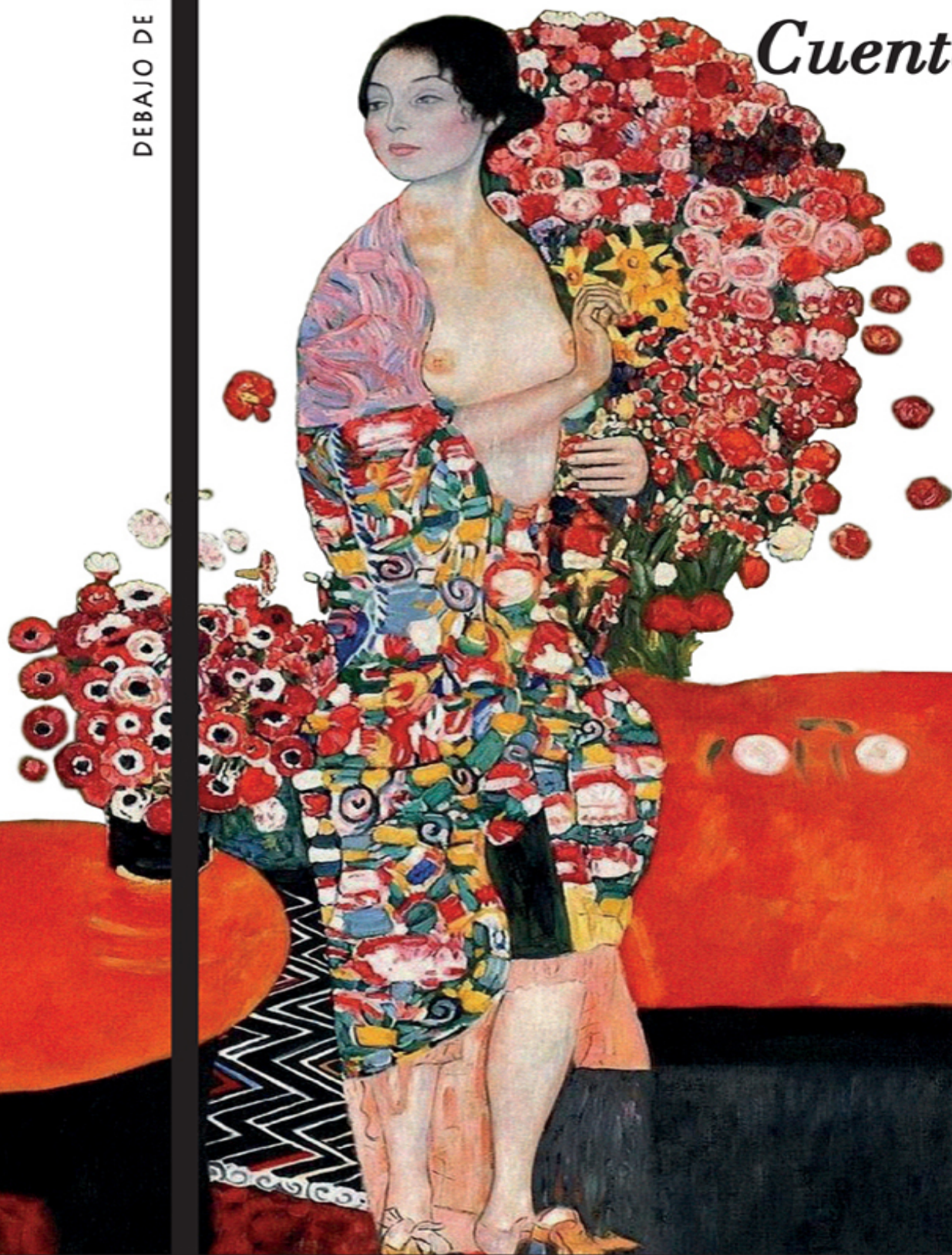


DEBAJO DE LAS ESTRELLAS

Darío Ruiz Gómez

Cuentos



EDITORIAL EAFIT

DARÍO RUIZ GÓMEZ
CUENTOS



Ruiz Gómez, Darío, 1936-

Cuentos-Darío Ruiz / Darío Ruiz Gómez. -- Medellín: Editorial EAFIT, 2018

210 p. ; 21 cm. -- (Debajo de las estrellas)

ISBN 978-958-720-526-8

Cuento colombiano. I. Mejía, Juan Diego, pról. II. Tít. III. Serie

C863 cd 23 ed.

R934

Universidad EAFIT - Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas

Darío Ruiz Gómez

Cuentos

Colección Debajo de las estrellas

a cargo de Juan Diego Mejía

Primera edición: agosto de 2018

© Darío Ruiz Gómez

© Editorial EAFIT

Carrera 49 No.7 Sur-50

Tel. 261 95 23, Medellín

<http://www.eafit.edu.co/fondoeditorial>

Correo electrónico: fonedit@eafit.edu.co

ISBN: 978-958-720-526-8

Edición: Marcel René Gutiérrez

Diseño y diagramación: Alina Giraldo Yepes

Imagen de carátula: *The dancer* (1916), Gustav Klimt: Austria, 1862-1918

En los cien años de su fallecimiento.

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de la editorial

Universidad EAFIT | Vigilada Mineducación. Reconocimiento como Universidad: Decreto Número 759, del 6 de mayo de 1971, de la Presidencia de la República de Colombia. Reconocimiento personería jurídica: Número 75, del 28 de junio de 1960, expedida por la Gobernación de Antioquia. Acreditada institucionalmente por el Ministerio de Educación Nacional hasta el 2026, mediante Resolución 2158 emitida el 13 de febrero de 2018

Editado en Medellín, Colombia

Diseño epub:

Hipertexto - Netizen Digital Solutions

Contenido

Los cuentos de Darío Ruiz Gómez
Juan Diego Mejía

CUENTOS

Lo último en guaracha

Sol último

Sol de sábado

La ternura que tengo para vos

Llamada de corta distancia

Tarjeta de visita

Pigmalión

Carenevera

El muchacho

Los velos de la tarde

Aspasia tiende una trampa

Para que no se olvide su nombre

Para decirle adiós a mamá

Con las mujeres de la tarde

Para los días de invierno

Notas al pie

LOS CUENTOS DE DARÍO RUIZ GÓMEZ

Darío Ruiz Gómez era un escritor muy joven cuando apareció en Madrid su cuento “Aspasia tiende una trampa”. En esos momentos, en Colombia apenas empezaba el Frente Nacional, un pacto de los partidos políticos tradicionales para rescatar la institucionalidad en medio de una guerra de hermanos que ajustaba más de una década. El país vivía una transición en su economía, y la vida en las ciudades se volvía más interesante a medida que crecía la migración desde el campo en busca de empleo en las fábricas.

Hasta entonces la literatura se había ocupado casi en forma exclusiva, con algunas excepciones, del universo campesino. Lo que ocurría en las calles de Medellín todavía no era la preocupación principal de los lectores. En sus primeros cuentos Darío puso su atención en los personajes que se reunían en las esquinas a hablar de lo que los movía a vivir. Así supimos qué pensaba la nueva ciudad industrial, qué música sonaba en los bares, cómo planeaban sobrevivir en este entorno hostil las mujeres venidas de veredas lejanas sin más recursos que su piel y su fuerza para adaptarse a la noche y a los besos de los perdedores de la calle.

Esta selección de relatos de Darío, incluida en la colección Debajo de las Estrellas, propone una ruta para

leer su obra que brilla en este exclusivo género del cuento: podemos imaginar cómo las voces de esos muchachos que en la década del cincuenta tiraban paso en las esquinas del viejo vecindario de la Estación Villa se metieron en la sangre de otros, los que nacieron un poco después, que a su vez sintieron la tentación de irse por el hueco hacia lo desconocido. Ellos llegaron a Nueva York a cumplir con tareas menores encomendadas por los intermediarios de los segundones de los capos. Habían creado una atmósfera propicia para que aparecieran en escena los crímenes que serían la nueva cotidianidad de la ciudad. Y en medio de esa ruptura de paradigmas y la aparición de falsos héroes adquiere un mayor valor el universo de las primeras narraciones de Darío, en las que los personajes todavía se mueven en un mundo interior de anhelos y esperanzas.

Los cuentos de *La ternura que tengo para vos* (1974) tuvieron una entusiasta acogida cuando el libro fue publicado por la editorial venezolana Monte Ávila. Ahí están los camajanes del barrio, emblema de una época llena de asombros en la ciudad. La USA, el hueco, los asuntos de ese oscuro mundo habitado por latinos sin futuro aparecen en *Sombra de rosa y vino* (1999). Los *Crímenes municipales* (2009) están narrados con la palabra precisa de un Darío maduro, sobreviviente del *boom* latinoamericano, rejuvenecido y siempre activo en muchos temas de la sociedad de nuestro tiempo. La prosa pausada y potente de *Para que no se olvide su nombre* (1966) y *Para decirle adiós a mamá* (1985) cierra esta antología de Darío Ruiz Gómez, el experimentador, el que se arriesgó, el que nos mostró el poder de la poesía en la ruidosa soledad del mundo.

Juan Diego Mejía

CUENTOS

LO ÚLTIMO EN GUARACHA

El pesado camión, las renqueantes latas pasaron por en frente del edificio de la Estación, un pesado bloque de cemento amarillo, rotundo. Bordeó la especie de parquecito y fue a ubicarse en el descampado que está a la derecha del edificio de la Estación, una manga despellejada a trechos, de yerba alta, que termina en los bordes de una quebrada de aguas oscuras y pestilentes limitada también por dos puentes: uno a la derecha, que es el de la calle que lleva al otro lado de la ciudad, y el otro a la izquierda, que corresponde a la vía del tren. El camión gris simula una especie de carro blindado con una torre cuyo mirador se abre en la parte trasera. El camión dio varios movimientos cuadrándose ahí en el descampado en reversa hacia adelante oyéndose su afónico organismo, cansado. Pero al fin se detuvo y de la parte delantera bajó un tipo gordo que empezó a revisar llantas y carrocería y después apareció un niño con una ponchera en la mano. Cuando ya precisamente empezaban a arremolinar-se junto a la masa de latas en forma de camión blindado todos los niños de las cercanías: primero con expectativa y ya después con confianza en la alharaca de vocecitas menudas, atisbándolo todo, molestándose entre sí. Y al rato cuando sonó el pito de la fábrica igualmente se detuvo el grupo de obreros que apareció por el puente del lado izquierdo, con sus fiambreras en la mano, los rostros cansados, el pelo cubierto de una lanilla blanca: observaron el ruidoso

artefacto mientras el tipo gordo iba de uno a otro lado al parecer en los preparativos de algo muy importante con movimientos que consistían en lo siguiente: a) agacharse (en la medida en que se lo permitía su corpulencia) b) palpar la superficie de los costados como buscando alguna grieta c) observar el rectángulo de la parte trasera, el espacio de tela oscura d) mirar de vez en cuando hacia arriba al cielo como implorando algo: seguramente que no lloviera):

ya entonces se vislumbraba la noche cercana por el color del cielo, ese postrer lampo de luz amarilla sobre el perfil de las lejanas montañas. por ese aire de nostalgia que parecía envolverlo todo porque además empezaban a pasar buses repletos de gente, caras sin gestos, manos quietas, en esa esquina del parquecito donde los buses tenían que cambiar de marcha, tomando despacio la curva para enfilarse luego, recto hacia Carabobo y apenas se veían esas caras tristes y el eco de alguna palabra que llegaba en los buses de Bello Girardota Copacabana es decir las listas de colores amarillas roja azul-verde rosado dentro como sardinas de a seis en banca cayéndose los párpados de cansancio las manos pegajosas quietas las gotas de sudor en los muslos los labios despintados pálidos de las mujeres sin sentirse la piel al lado zorombáticos del ruido del motor, del olor de la lata herrumbrosa con la tartera entre la lista verde o azul la lista amarilla las palabras a medio decir yéndose hacia esas calles lejanas que suben por la alta montaña empinándose buscando los pies esos cuartos cuadrados ese olor a comida al final de esas calles entre esos buses contrahechos que recuerdan el aire desvencijado del alto camión que sigue ahí rodeado por los muchachitos cuando empieza a escucharse un ruido demasiado ronco. algo que debe ser un tocadiscos o un micrófono porque el alóalóaló se escucha entre el gran ruido general. y al rato se oye una voz que anuncia algo: EL

GRAN CIRCO PINOCHO CON SUS MUÑEQUITOS HA LLEGADO OTRA VEZ
HASTA USTED SU QUERIDO PÚBLICO DE LA ESTACIÓN VILLA CON SUS
HISTORIAS MÁGICAS CON SUS CUENTOS DE ENSUEÑO PARA GRANDES Y
CHICOS NUEVAS AVENTURAS ABSOLUTAMENTE GRATIS
alóalóalóalóalóalóalóalóaló y vuelve a sonar el pito de la
fábrica que se alcanza a ver en la distancia especie de
periscopio con su penacho de humo la gran puerta
abriéndose al paso de nuevas caras igualmente con el pelo
lleno de esa lanilla de los telares viniéndose desde la gran
puerta de color plomo por ambos puentes hasta la esquina.
Algunos se quedaron en el ancho andén al lado de la vía del
tren hasta cuando apareció la gran cabeza oscura de la
locomotora una cabeza transpirante con visos de cobre y
atrás el cuerpecito mustio enteco. La gente asomada a las
ventanillas sobre la plataforma mirando el circo de latas el
ruido de la locomotora entre ellos muchopesopocaplata
mucho peso-poca-plata y se fue yendo hacia el horizonte de
la tarde como un gusano cansado trastabillando.

El mismo circo que el año pasado agarraron a piedra los
muchachos destruyendo uno de los muñequitos:
concretamente el que se parecía al pato Donald

—qué putería ni para una cerveza hay esto es lo último

—ya me estoy cansando de lo mismo uno aquí como el
peor pendejo sin poder hacer nada mientras la gente la
pasa legal pero uno ahí de quiero y no puedo de mucho
café con leche en vez de estar en el ambiente como está
toda la gente que tiene pantalones que es capaz de
mandarlo todo al carajo y ponerse a vivir como se debe

la cara morena de ojos vivaces el cuerpo largo elástico
los brazos musculosos pero de movimientos precisos
solamente la boca en un gesto de desagrado: observando el
paso de los camiones el movimiento de las ruedas
observando las lejanas montañas observando el circo de
latas observando la gente que llegaba los zapatos chatos
cuarteados sin lustre los tenis deslavados los pantalones de

bota ancha: otros se están dando la gran vida con la moneda entre el bolsillo sin ponerse tesos por nada ni estudios ni castigos en esa legalidad dios mío no tener que levantarse temprano amarillenta oscura tarde: que te vas y nada dejas

—a Jaime le está yendo de putería no sale de Las Camelias cuanta tipa le gusta se la lleva al catre y muchas veces sin pagar un centavo de pura pinta solamente echando paso en el baile para poner dientones los manes y las hembras todas felices mostrándose y encima nadie pidiéndole cuentas llegando a la hora que quiere conquie el muchachongo se levante unos pesitos para comprarse unas misacas tiene y de sobra y natilla de estudios y calificaciones ya se le montó del todo a la vida esa sí que es la legalidad hermano

juega con un montoncito de tierra, va construyendo una pirámide junto al alto poste de la luz. hablando con la cabeza agachada. dirigiendo el juego con un palito de helado, mirando los grupos de obreros que entran en el café: “estos al menos tienen para algo uno más achantado que quién sabe quién”. de pronto se levanta y le da una patada al montoncito de tierra pirámide-de-polvo y se levanta una pequeña nube que disipa el paso de un camión y no está aún en el balcón no hay nadie.

—estos al menos tienen para algo uno más achantado que quién sabe quién

se escucha otra vez el ruido del parlante alóalóaló mientras el tipo gordo da vueltas al camión, aparta muchachitos curiosos y empieza a oscurecer de verdad porque de pronto se han encendido todos los bombillos de la calle y se ha visto el aire más oscuro: sentirse solo entre ese bosque espeso grandes robles hojas duras cuando los pájaros se han comido las migajitas de pan cuando está cayendo la noche y no hay una sola lucecita que sirva para orientarse en un país extraño sobre una yerba desconocida

(como en esa ilustración del libro de cuentos de los hermanos Grimm)

—el circo Pinocho te acordás que el año pasado también estuvo por aquí. los muchachos le echaron piedra y dañaron un muñequito. al pobre del pato Donald. y fue por pura maldad.

“El año pasado estuvo en ese mismo lugar el circo Pinocho ¿lo estuvo en 1953? ¿lo estuvo en 1950? ¿lo estuvo en 1945? ¿lo estuvo cuando llegó a este valle D. Miguel de Aguinaga? En esta misma esquina continúa el café El Bohío aun cuando antes en realidad fuera un granero donde se vendían únicamente papas, yucas, maíz y vasos de sirope y ahora además se vende cerveza, aguardiente, ron, cocacolas, carta-roja, limonada y zenzenes y chicles adams y esté a un costado la mesa de billar: corría el año de tal y aquella parte de la ciudad estaba en manos de una poderosa banda dirigida por Careturro Ojo al vidrio Moco verde y Patepollo. Grandes cantidades de botín eran almacenadas en una manga a orillas del río: chasises oxidados capotas viejas llantas usadas pedazos de tablas cartones muñecos sin piernas cuerpecitos de plástico pelotas sin aire revólveres de plomo cuchillos de lata bacinillas rotas. Y aquel inmenso botín fruto de continuas fechorías era convertido a su vez en pesos los cuales a su vez eran igualmente convertidos en pipo para beber a la sombra de los búcaros o de las tapias, allí aquellos tenebrosos forajidos dueños absolutos de aquella parte de la ciudad que empieza en la carrera Carabobo entre las calles de La Paz y Urabá, comprendiendo calles como Restrepo Uribe, Vélez, Miranda y Moore y carreras como Cundinamarca, Cúcuta, Ayapel y esa gran franja de descampado que hay entre la carrilera y el río Medellín. Y fue entonces cuando el pesado camión, las renqueantes latas pasaron por en frente del edificio de la Estación, un

pesado bloque de cemento, amarillo, rotundo bordeó la especie de parquecito...”

—el circo Pinocho te acordás que el año pasado estuvo aquí y vino mucha gente a verlo pero los muchachos le tiraron piedra

—¿tenés cigarrillos?

se ladeó ligeramente y buscó entre el saco. sacó una cajetilla arrugada en la que había solamente un cigarrillo, arrugado también como la cajetilla, por lo cual el otro empezó a desarrugarlo. después lo golpeó sobre la uña, lo encendió aspirando con fuerza, dando una gran bocanada, llevando el humo hacia adentro. después pasó el cigarrillo a la mano que lo entregó. dentro, en el café había empezado el sonido de la gente, se oía el ruido de las bolas de billar.

—hoy me pusieron cero en geometría ya estoy harto de tanto profesorcito pendejo ahí por tirárselas de mucho delante del rector para que vean que sabe más que nadie el tipito ese rajando gente pero habrá un día en que ya no soporte más y le ponga un tintero de sombrero para que no sea tan carajo ya estas cosas así no las aguanta na die no puede faltar una palabrita no puede equivocarse uno en nada todo se va a ir al carajo empezando por la misma familia al carajo todo y punto

—eso pasa en todos los colegios: que no mire a la derecha que no mire abajo que no se haga la paja porque se puede quedar bobo que tampoco le mire las tetas a las mujeres que no vea películas malas porque de pronto se muere en pecado como si ellos no fueran los perros los que lo hacen todo los que no se pierden gateando porque claro ya son los que mandan los papás las mamás y así estoy que hago la maleta y me largo para Cali y me dejo de estar por aquí como una güeva sin que nadie me haga caso sin un chivo en el bolsillo mirando el aire metido en un colegio de mariquitas que a toda hora están haciéndose los sabios los salvadores del país los hijos de María las almas tominonas y

todo eso me tiene hasta la coronilla y ya no aguanta nadie mijo

se oyó estrepitosamente el ruido del traganíquel la desenfrenada melodía de la guaracha entre las sombras difusas de la noche el ruido de las trompetas y bongós. otra vez el ruido del parlante el alóaló alóalóaló como un *leitmotiv* de la guaracha como parte igualmente del sonido de los buses que avanzaban en el oscuro asfalto con los rayos de luz amarillos señalando el camino entre la noche y las voces de los obreros entre la luz y las nubes de polvo entre la música y los ruidos del mundo: ¿y la muchacha? ¿está muerta? Se queda callado. La muchacha de cabellos amarillos vive ahí al lado. “¿Y la muchacha?”. Yo la veo cuando paso por ahí en el balcón, sonriendo. entonces se detiene de súbito y me mira con su muerte

—la orquesta Riverside buen disco es una de las mejores de Cuba lo que pasa es que por aquí se conoce más la Sonora o el Cuarteto Flores pero hay otras como la Riverside que son chéveres la Almendra Tropical legales para tirar paso oiga esos bongoes esas trompetas es una verraquera son orquestas grandes como la de Rafael de Paz o la de Luis Alcaraz o la de Juan Bruno Tarraza con la que se faja Tintán o Resortes hay un cafecito por allí en Bolívar que tiene todo eso en el piano no hay disco malo no sé de dón de ese mandrake ha sacado tanta música bacana pero es legal tomarse unos traguitos ahí con el Jaime que cada vez está más legal la otra vez contando lo de la sirvienta y el papá tranquilo mientras uno aquí rayando cuadernos márgenes en rojo población de Arabia.

sonreían los dientes amarillos pegajosos. Recibió el cigarrillo casi consumido, le dio con cuidado una bocanada y después lo arrojó hacia la oscuridad. Como hacia el circo de latas que entre la penumbra semejaba ya un raro promontorio

desde allá se escuchaba en el intervalo de los buses o de la música la voz de aquel tipo apresurando el trabajo se observaba el movimiento alrededor del camión las figuras luchando contra las sombras moviéndose el ruido del micrófono: el olor de los buses que pasan trae consigo el olor de los rostros que lleva dentro: a máquina a repollo fresco a viruta a tierra húmeda a pachulí a sobaco entregándose al polvo de la calle con el olor a aceite quemado entre ese polvo que se arremolina en las junturas de la acera sobre el asfalto levantado en nubes

—ya están los muchachitos molestando. como se empute el viejo con ellos son capaces de quebrarle otra vez uno de esos muñequitos.

levantaba la tapa de uno de los libros: los ponía en un diferente orden ya que estaban colocados sobre el borde mismo de la acera y trataba de bailar un ritmo de la música y el otro también más cautamente mientras miraban a la gente de los buses: hacia el café o en cuclillas arrojaban piedrecitas por el hueco de la alcantarilla. o se quitaba el saco o se lo ponía a la espalda o se pasaba las manos por la cabeza. el otro simplemente hacía lo mismo, musitando palabras escuchaba las voces aumentadas que venían del café

—eso ahí se está poniendo bueno cada viernes hacen lo mismo. los sacan más doblados que una billetera.

—pero no son de ambiente, no invitan ni a la brava. Toman solos sin fijarse en nadie. ese carezapato hace ocho días se dio cuchillo con el gordo Elkin. bien templado que resultó el piojito.

—con razón estaba el gordo de achantado. y aventado que tiene que ser el que se le ponga por delante porque ese gordo no tiene agüero para nada. por aquí son muchos los que le han fruncido. ese tipito debe ser pura pólvora de cuidado.